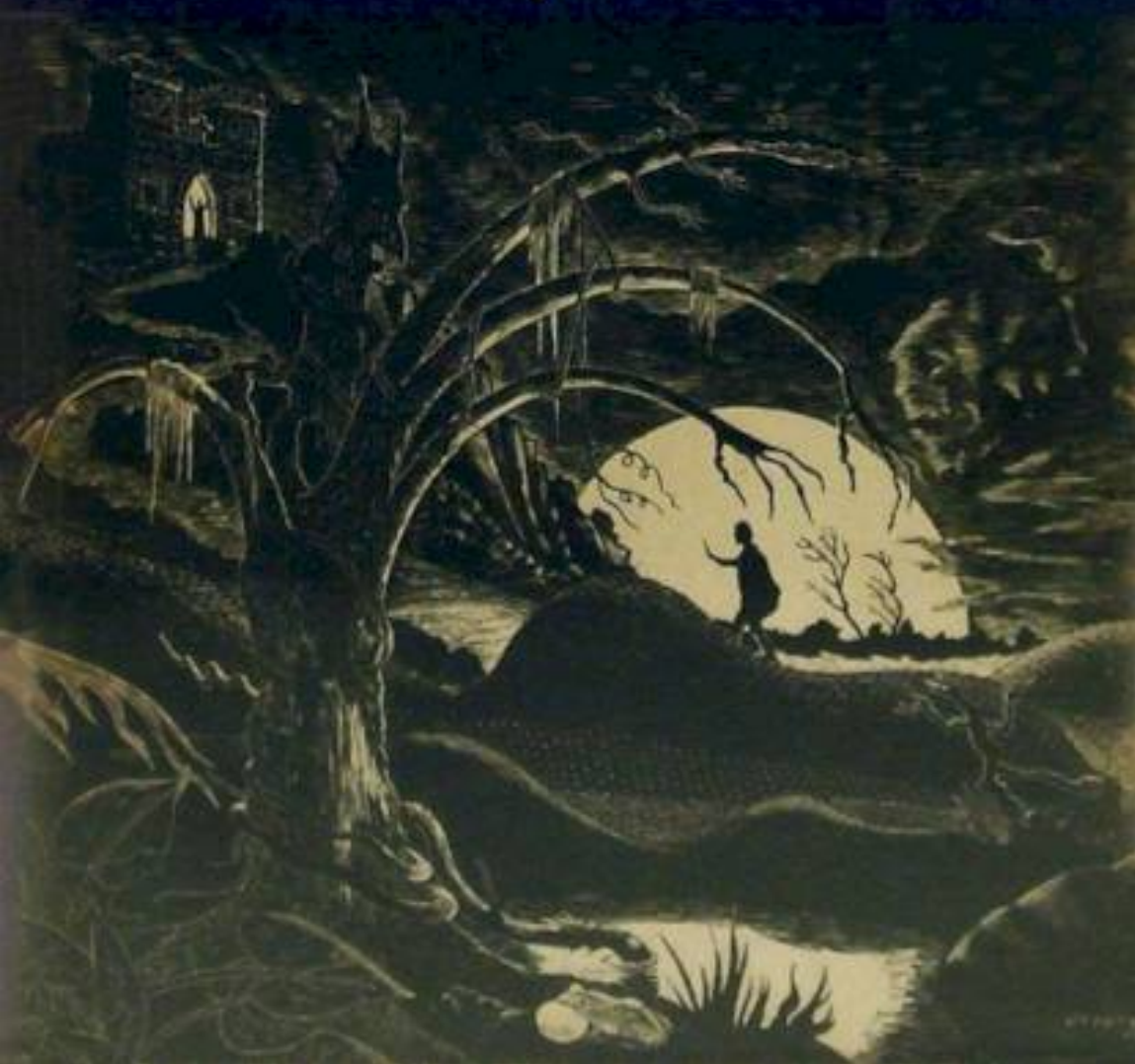


William Hope Hodgson

CARNACKI

El cazafantasmas



En las navidades de 1887 aparece «Estudio en escarlata», la primera aventura de Sherlock Holmes. Es el pistoletazo de salida para una carrera que aún no ha concluido y en la que decenas de autores han aportado a lo largo de más de cien años sus propios y peculiares detectives, a semejanza del sabueso de Baker Street. Por aquellos años nace también un tipo especial de investigador, el detective de lo oculto o cazador de fantasmas. El pionero fue el Dr. Martin Hesselius, investigador imaginado por el maestro irlandés de la «ghost story» Sheridan Le Fanu.

William Hope Hodgson (1877-1918) creó en 1910 su propio investigador de fenómenos sobrenaturales, Thomas Carnacki, del que publicó las primeras aventuras en *The Idler Magazine*. Carnacki vive en Chelsea, fuma en pipa y tiene la incorregible costumbre de invitar a cenar sin previo aviso a sus cuatro amigos, Jessop, Arkright, Taylor y Dodgson, el narrador. Relajados tras la cena, Carnacki relata a sus atónitos invitados su última aventura contra las fuerzas del más allá. Sus armas: un pentáculo mágico, grimorios o antiguos rituales de libros ocultistas.

El presente volumen reúne las nueve historias de Carnacki escritas por Hodgson: «La Cosa invisible» (una daga hechizada cobra vida y ataca sin que nadie la empuñe), «La puerta del monstruo» (una visita al reino de donde provienen los espíritus), «La casa entre los laureles» (un caso de habitación embrujada), «La habitación que silbaba» (una de las más tenebrosas historias de la carrera del detective) «El investigador de la última casa» (la casa familiar de Carnacki es poseída por extraños sonidos y un agobiante aroma), «El caballo invisible» (quizá la mejor y más terrorífica de la colección), «El encantamiento del Jarvee» (unas extrañas fuerzas sobrenaturales se apoderan de un barco), «El hallazgo» (sobre el descubrimiento de la segunda copia de un libro

único), y «El cerdo» (la historia más extensa, espeluznante y perturbadora de la serie).

LA PUERTA DEL MONSTRUO

En respuesta a la acostumbrada postal de Carnacki que me invitaba a cenar y a escuchar una historia, me dirigí a Cheyenne Walk, encontrándome con que las otras tres personas que siempre eran convocadas a aquellas entrañables tertulias habían llegado poco antes. Cinco minutos más tarde, Carnacki, Jessop, Taylor y yo nos entregábamos a esa «amable ocupación» de cenar.

—Esta vez no has estado fuera mucho tiempo —comenté, dirigiéndome a Carnacki, a punto ya de terminarme la sopa, olvidando, por un momento, que no le gustaba que se abordasen, siquiera, los aspectos colaterales de su historia hasta que no hubiera llegado el instante que consideraba oportuno. Entonces, él se convertiría en todo un torrente de palabras.

—No —respondió lacónicamente, por lo que cambié de tema, haciendo la observación de que me había comprado un nuevo fusil.

Acogió la noticia con un inteligente asentimiento y una sonrisa, lo que me hizo pensar que mi intencionado cambio de conversación había sido aceptado por su parte con genuino buen humor.

Más tarde, acabada la cena, Carnacki se instaló confortablemente en su gran sillón, encendió su pipa, y comenzó a contar su historia, prescindiendo casi de los preliminares:

Como Dodgson observaba hace unos momentos, he estado fuera muy poco tiempo, y por una buena razón... La verdad es que me encontraba muy cerca de este lugar. No

voy a revelaros su localización exacta, aunque sí puedo decir que dista de aquí menos de veinte millas; por eso no creo que un simple cambio de nombre vaya a estropear la historia. ¡Y vaya historia! Es una de las cosas más extraordinarias que jamás me habían ocurrido.

Hace unos quince días recibí una carta de un hombre, a quien daré el nombre de Anderson, solicitándome una entrevista. Acepté recibirle y, cuando llegó, comprendí que lo que quería era que examinara, e incluso que resolviese, un caso antiguo y bien documentado de lo que él llamaba «embrujo». Me abrumó con tantos detalles que acepté ocuparme de él, ya que el asunto me parecía sin parangón con ningún caso conocido hasta entonces.

Dos días después, al atardecer, llegué a la casa en cuestión, descubriendo que se trataba de una vieja mansión que se erguía solitaria en medio de sus dominios.

Anderson le había dejado una carta al mayordomo, en la que me rogaba que disculpara su ausencia, y ponía a mi disposición toda la casa para lo que precisase en mis investigaciones.

Era evidente que el mayordomo conocía el objeto de mi visita, así que en el transcurso de la cena, demasiado solitaria para mi gusto, le interrogué a fondo. Era un antiguo sirviente de la casa y sin duda gozaba en ella de privilegios, pues conocía con todo lujo de detalles la leyenda de la Habitación Gris. Por él me enteré de los particulares concernientes a dos cosas que Anderson sólo había mencionado de manera casual. La primera, que a medianoche se podía oír la puerta de la Habitación Gris, abriéndose y cerrándose violentamente, por más que el propio mayordomo se encargara de cerrarla con llave y de que ésta permaneciera con las demás en el manojito que se guardaba en la despensa. La segunda, que la ropa de la cama que había en ella siempre se encontraba amontonada en uno de los rincones de la habitación.

Pero era el batir de la puerta lo que más alteraba al viejo mayordomo. En más de una ocasión, según me confesó, había permanecido despierto, escuchándola y temblando de miedo, pues había momentos en que la puerta no dejaba de abrirse y de cerrarse, ¡plam! ¡plam! ¡plam!, de suerte que resultaba imposible dormir.

Yo sabía, gracias a Anderson, que la habitación tenía una historia que se remontaba a más de ciento cincuenta años. En ella habían sido estranguladas tres personas: uno de sus antepasados, su esposa y el hijo de ambos. La historia era auténtica, ya que yo había puesto especial empeño en comprobarla; así pues, y con la convicción de que me disponía a investigar un caso excepcional, como os podéis imaginar, después de cenar subí al piso de arriba para echar un vistazo a la Habitación Gris.

Peters, el mayordomo, quiso ponerse en su puesto al enterarse de mi proyecto y me aseguró que, en los veinte años que llevaba de servicio, nadie había entrado en aquella habitación después de anochecer. Me rogó, casi de modo paternal, que esperase hasta el día siguiente, cuando no hubiera peligro y él pudiera acompañarme.

Como es lógico, le dije que no se preocupase. Comenté que sólo iba a echar un vistazo y a poner cinco o seis precintos. No debía temer nada, ya que yo estaba muy acostumbrado a ese tipo de cosas. Pero mientras le hablaba no hacía más que mover la cabeza.

—No hay muchos fantasmas como los nuestros, señor —me aseguró, con lúgubre orgullo. ¡Y, por Júpiter, que estaba en lo cierto, como veréis!

Cogí un par de velas, y Peters me siguió con su manojito de llaves. Abrió la cerradura, pero no quiso seguirme al interior de la estancia. Estaba visiblemente aterrado y me suplicó una vez más que dejara mi investigación hasta que fuese de día. Por supuesto que me reí de él y le dije que se podía poner al otro lado de la puerta y capturar a quien saliese por ella.

—Eso no sale nunca, señor —precisó, con su divertida y arcaica manera de hablar. En cierto modo, intentaba prepararme por si me asaltaba el miedo. Pero en aquel momento, como habréis podido comprender, el asustado era él.

Y allí se quedó, mientras yo procedía a examinar la habitación. Era amplia, muy bien surtida de muebles de estilo, entre los que destacaba la descomunal cama imperial que apoyaba su cabecera en la pared del fondo. Sobre la repisa de la chimenea había dos palmatorias y otras dos en cada una de las tres mesas de la habitación. Las encendí todas, con lo que la pieza me pareció menos lúgubre y deshabitada, aunque no olía a cerrado, lo que implicaba que alguien se ocupaba de su mantenimiento.

Después de haber echado un buen vistazo al lugar, precinté las ventanas con cera y cinta de cometa, lo mismo que los cuadros, las paredes, la chimenea y las hornacinas de las paredes. Mientras hacía mi trabajo, el mayordomo se mantuvo al otro lado de la puerta y no pude convencerle de que entrara, aunque me chanceara de vez en cuando de él, mientras, entre idas y venidas, iba fijando las cintas. Y él no paraba de repetirme una y otra vez:

—Sé que el señor me perdonará, pero me agradecería que abandonara la habitación; temo ciertamente por el señor.

Le contesté que no me esperase, pero él se comportó noblemente, tal y como creía que era su obligación. Me dijo que no podía irse y dejarme solo en aquel lugar. Se disculpó, dando a entender que era evidente que no me percataba del peligro que rondaba por aquella habitación; sin embargo yo pude ver que su terror iba en aumento. Pero me dio igual, porque tenía que dejar la habitación en tal estado que me permitiera saber si algún objeto material había entrado en ella, por lo que le rogué que no me molestara, a no ser que realmente oyera algo. Comenzaba a ponerme nervioso, pues el ambiente de aquella habitación ya

era de por sí lo bastante lúgubre para que no se necesitara hacerlo más siniestro.

Seguí disponiéndolo todo durante algún tiempo más, tensando las cintas sobre el suelo y sellándolas, de suerte que el más mínimo roce bastase para romper la cera, por si acaso alguien se aventuraba a oscuras en la habitación con intenciones de gastar una broma.

Todo aquello me llevó más tiempo del que había previsto, ya que de repente oí que un reloj estaba dando las once. Me había quitado la chaqueta poco antes de ponerme a trabajar y, cuando prácticamente había acabado todo lo que tenía que hacer, atravesé la habitación para recogerla de encima del sofá, donde la había dejado... En el preciso momento en que me la estaba poniendo, llegó hasta mí la voz chillona y despavorida del viejo mayordomo, quien no había dicho una palabra durante la última hora:

—¡Deprisa, salga, señor! ¡Va a ocurrir algo!

¡Por Júpiter! Creo que di un salto. Entonces una de las velas de la mesa situada a la izquierda de la cama se apagó. No podría decir si por el viento o por cualquier otra causa; lo único que sé es que en ese instante estaba tan asustado que eché a correr hacia la puerta. Sin embargo, tengo el placer de decirles que me detuve antes de llegar a ella. Me resultaba imposible huir de una manera tan vergonzosa, con el mayordomo esperándome fuera, después de haberle largado el típico discurso de «¡Animo! ¡Hay que ser valiente!».

Así pues, volví sobre mis pasos, cogí las dos palmatorias que había en la repisa de la chimenea y atravesé la habitación, pasando al lado de la cama. Y la verdad, no vi nada. Apagué la vela que aún seguía encendida y las restantes de las otras dos mesas. Al otro lado de la puerta, el viejo repitió nuevamente:

—¡Oh, señor! ¡Se lo ruego! ¡Se lo suplico!

—Todo va bien, Peters —dije, pero ¡diantre!, mi voz no sonaba tan convincente como pensaba. Me dirigí hacia la

salida, y tuve que esforzarme un tanto para no echar a correr. Como podéis imaginaros, di grandes zancadas.

Cuando llegaba a la puerta, tuve la súbita sensación de que por la habitación corría un viento frío. Era como si la ventana se hubiese abierto de repente.

Cuando salí, el viejo mayordomo retrocedió unos pasos, de manera instintiva.

—¡Encienda las velas, Peters! —le espeté en tono imperioso, poniéndole las palmatorias en las manos.

Me volví, cogí el pomo de la puerta y la cerré violentamente. ¿Me creeríais si os dijera que al hacerlo tuve la impresión de que algo se oponía? Pensé que sólo eran cosas de mi imaginación. Así que metí la llave en la cerradura y le di dos vueltas, primero una y después otra, asegurándome de que quedaba bien cerrada.

Tras aquello me sentí más tranquilo y procedí a precintar la puerta. En un exceso de celo, tapé con una de mis tarjetas de visita el ojo de la cerradura y lo precinté. A continuación me guardé la llave en un bolsillo y bajé por la escalera, acompañado de Peters, quien, nervioso y en silencio, abría la marcha. ¡Pobre diablo! Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que en las últimas dos o tres horas se había visto sometido a una considerable tensión.

Al filo de la medianoche me fui a la cama. Mi habitación estaba al final del corredor donde se encontraba la Habitación Gris. Conté las puertas que me separaban de ella y vi que eran cinco. Estoy seguro de que comprenderéis que no me importó.

En el preciso momento en que comenzaba a desvestirme, se me ocurrió una idea. Cogí la vela y la cera de sellar y comencé a precintar las puertas de las cinco habitaciones: si en mitad de la noche alguna comenzaba a abrirse y cerrarse de golpe, sabría con exactitud cual era.

Volví a mi habitación, eché la llave y me metí en la cama. Un gran estruendo, que venía de algún lugar del corredor, me sacó de un profundo sueño. Me senté en la cama y

agucé el oído, pero no capté nada. Encendí la vela, y en aquel mismo instante volví a oír el ruido que hacía una puerta cerrándose violentamente a lo largo del corredor.

Salté de la cama y cogí el revólver. Abrí la puerta y salí al corredor, con la vela bien alta y el revólver amartillado. Pero ocurrió algo inexplicable: fui completamente incapaz de dar un paso hacia la Habitación Gris. Ya sabéis que no soy nada cobarde. He estado metido en tantos asuntos implicados con apariciones fantasmales que nadie podría acusarme de serlo. Bueno, pues os confieso que estaba asustado, tan asustado como cualquier bendito crío.

Aquella noche había en el aire algo terriblemente impío. Retrocedí hasta mi habitación, cerré la puerta y eché la llave. Toda la noche la pasé sentado en la cama, escuchando, casi hasta ponerme enfermo, el tétrico batir de una puerta situada en el extremo del corredor. El sonido parecía repercutir en toda la casa.

Finalmente, cuando alboreó el día, me lavé y vestí. La puerta no había sonado desde hacía una hora y ya comenzaba a calmarme de los nervios. Me sentía avergonzado de mí mismo, cosa que en cierto modo era una sandez, ya que, cuando uno se mete en ese tipo de asuntos, hay ocasiones en que los nervios acaban por abandonarle. Y lo único que se puede hacer es quedarse sentado en silencio, llamándose cobarde hasta que uno se encuentra a salvo con la llegada del nuevo día. Pero quiero creer que hay ocasiones en que se trata de algo más que de mera cobardía. Pienso que en esas ocasiones hay Algo que nos avisa y lucha por nosotros. Pero me da igual, porque, indefectiblemente, siempre que ocurre me siento mal e incómodo conmigo mismo.

Cuando fue plenamente de día, abrí la puerta y, con el revólver en la mano, avancé despacio a lo largo del pasillo; al llegar al rellano vi subir por la escalera al viejo mayordomo, que me traía una taza de café. Se había puesto los

pantalones debajo de la camisa de dormir y calzaba un par de viejas zapatillas de paño.

—¡Hola, Peters! —dije, sintiéndome repentinamente animado, pues estaba igual de contento que un niño perdido que acaba de encontrar a un ser humano—. ¿Adonde va con ese refrigerio?

El anciano se sobresaltó y vertió un poco de café. Me miró fijamente y pude apreciar su semblante pálido y desenchajado. Se acercó hasta el rellano y me entregó la pequeña bandeja.

—Me encuentro ciertamente agradecido al comprobar que el señor se encuentra bien y a salvo —dijo—. En cierto momento temí que el señor se hubiese atrevido a entrar en la Habitación Gris. He permanecido despierto toda la noche, por el sonido de la puerta. Y cuando ha empezado a amanecer he pensado que debía hacerle una taza de café. Sabía que el señor iría a examinar los precintos y también que, en cierto modo, dos personas están más seguras que una sola.

—Peters —dije—, es usted encantador. Muy amable de su parte —y me tomé el café—. Venga —indiqué, mientras le devolvía la bandeja—. Vamos a ver qué han hecho esos brutos. No he tenido el valor de ir a verlo de noche.

—¡Eso es algo que agradezco al señor! —replicó—. La gente de carne y hueso nada puede contra los demonios, y eso, señor, es lo que hay en la Habitación Gris cuando se hace de noche.

Mientras avanzábamos por el pasillo, iba examinando los precintos de todas las puertas, encontrándolos intactos; pero, al llegar a la Habitación Gris, comprobé que el suyo estaba roto, aunque la tarjeta de visita del ojo de la cerradura no había sido tocada. La arranqué, metí la llave y abrí la puerta, más bien con precaución, como podéis imaginar; pero nada había en la habitación que pudiese causar espanto, la cual, por otra parte, estaba muy iluminada.

Examiné todos los precintos, sin encontrar uno solo que hubiese sido tocado. El viejo mayordomo, que me había seguido, dijo de improviso:

—¡La ropa de la cama, señor!

Corrí hacia el lecho y me fijé en él. En efecto, la ropa se encontraba en el rincón que había a su izquierda. ¡Por Júpiter! Imaginaos lo que sentí en aquel momento. Algo había estado en la habitación. Durante un momento, mi mirada no hizo otra cosa que ir de la cama a la ropa tirada en el suelo. Tenía la impresión de que no debía tocar ninguna de ambas cosas. El viejo Peters, sin embargo, no parecía tan afectado como yo. Fue a coger las mantas, para hacer nuevamente la cama, como sin duda venía haciendo a diario desde hacía veinte años, pero yo se lo impedí. No quería que tocase nada hasta no haber terminado mi inspección. Invertí en ella más de una hora y sólo entonces permití a Peters que hiciera la cama, después de lo cual salimos fuera, y yo cerré la puerta, pues la habitación me estaba haciendo perder los nervios.

Di un corto paseo y almorcé a continuación, tras lo cual me sentí más dueño de mí. Volví a la Habitación Gris y, con ayuda de Peters y de una doncella, la vacié de todo su contenido, cuadros incluidos, no dejando más que la cama. Examiné las paredes, el piso y el techo, con ayuda de una sonda, un martillo y una lente de aumento, sin encontrar nada anormal. Puedo aseguraros que comenzaba a creer que alguna cosa increíble había campado por sus respetos en aquella habitación durante la pasada noche.

Coloqué nuevamente precintos a discreción y salí, echando la llave y precintando la puerta como hiciera anteriormente.

Aquella noche, después de cenar, Peters y yo desembarcamos parte del material que había llevado conmigo, mientras instalaba mi cámara y su *flash* frente a la puerta de la Habitación Gris, de la que partía un hilo que iba hasta su disparador. Como veis, si de veras la puerta se abría, el fo-

gonazo del *flash* la iluminaría, y quizá a la mañana siguiente podríamos examinar una curiosa fotografía.

Lo último que hice antes de salir fue quitar la tapa que protegía el objetivo, tras lo cual me fui al dormitorio y me acosté, ya que tenía el propósito de levantarme a medianoche; para estar bien seguro, ajusté mi pequeño despertador a la hora indicada y dejé encendida la vela.

La campanilla me despertó a las doce; me levanté, me puse una bata y unas zapatillas, deslicé el revólver en el bolsillo inferior derecho y abrí la puerta. Encendí la lámpara con filtro rojo que utilizo para revelar y la ajusté para que diera suficiente luz. Recorrí a lo largo del corredor unos treinta pasos, con ella en la mano, y la deposité en el suelo, de suerte que pudiese mostrarme cualquier cosa que se acercase a lo largo del oscuro pasaje. Entonces regresé y me senté en el umbral de mi habitación, con el revólver al alcance de la mano, sin perder de vista el corredor, justo hasta el lugar donde sabía que había dejado la cámara, fuera de la puerta de la Habitación Gris.

Llevaba vigilando cerca de hora y media, cuando de pronto oí un tenue ruido que venía del corredor. En seguida noté un extraño hormigueo en la base del cráneo, y mis manos comenzaron a transpirar ligeramente. Un instante después, el tramo final del pasillo se iluminaba con un resplandor imprevisto.

Después de aquello, regresaron las tinieblas y yo escruté nerviosamente el extremo del corredor, aguzando ansiosamente el oído, en un afán de distinguir lo que se encontraba más allá del tenue y rojo resplandor de mi linterna, que entonces me pareció ridículamente débil en comparación con el tremendo fogonazo del *flash*... Y en aquel momento, mientras estaba inclinado hacia delante, mirando fijamente y escuchando, llegó hasta mí el demoledor estruendo de la puerta de la Habitación Gris. El sonido parecía llenar por completo el largo corredor y suscitar cavernoso-

sos ecos en toda la casa. Os diré que me sentí fatal... como si no tuviese más que agua en las venas.

Sencillamente terrible. ¡Por Júpiter! ¡Cómo me quedé, mientras escrutaba las tinieblas e intentaba oír algo! Y entonces volvió, ¡plam! ¡plam! ¡plam!, y de nuevo se hizo el silencio, que era mucho peor que el ruido de la puerta, pues yo me imaginaba que alguna brutal entidad se deslizaba furtivamente hacia mí a lo largo del corredor.

De pronto se me apagó la linterna y no pude ver más allá de una yarda.

Inmediatamente comprendí que, quedándome allí sentado, cometía una auténtica estupidez, por lo que me levanté de un salto. Mientras lo hacía, me pareció oír un ruido en el pasillo, muy cerca de mí, así que me abalancé hacia mi habitación, cerré la puerta de golpe y eché la llave por dentro.

Me senté en la cama y me quedé mirando fijamente hacia la puerta. Tenía el revólver en la mano, aunque me pareciera algo que estaba abominablemente fuera de lugar. ¿Podéis comprenderlo? Sentía que había algo al otro lado de la puerta. Por alguna razón desconocida, sabía que estaba haciendo presión contra ella y que no era consistente. Eso fue justamente lo que pensé. ¡Y la ocurrencia era de lo más extraordinario, si pensáis un poco en ello!

No tardé en recobrar un poco de valor, y me puse a trazar en el piso, a toda prisa y ayudándome de un trozo de tiza, un pentáculo, en cuyo interior me quedé sentado hasta que llegó la aurora. Durante todo ese tiempo, en el corredor, la puerta de la Habitación Gris siguió haciendo ruido a intervalos solemnes y terroríficos. Aquella noche fue para mí algo terrible y espantoso.

A medida que fue despuntando el día, el batir de la puerta decayó en intensidad. Al fin, haciendo acopio de valor, avancé por el corredor bañado en la penumbra y tapé el objetivo de la cámara. Y os diré que me costó bastante decidirme; pero, si no lo hubiera hecho, la fotografía se ha-

bría estropeado, y eso era algo que quería evitar a toda costa. Volví a mi habitación y lo primero que hice fue borrar la estrella de cinco puntas dentro de la cual me había sentado.

Media hora más tarde, llamaban discretamente a la puerta. Era Peters con mi café. Después de tomármelo, fuimos a ver la Habitación Gris. A medida que avanzaba por el pasillo iba fijándome en los precintos de las demás puertas, que se hallaban intactos. El de la Habitación Gris estaba roto, lo mismo que el hilo que iba a dar al disparador del *flash*, pero la tarjeta de visita que tapaba el ojo de la cerradura seguía en su sitio. La arranqué y abrí la puerta.

No observamos nada fuera de lo corriente hasta que no nos acercamos a la cama; entonces vimos, como el día anterior, que la ropa de la cama había sido quitada y tirada en el rincón de la izquierda, exactamente en el mismo lugar que la otra vez. Me asaltó una extraña sensación, que no bastó para que me olvidara de comprobar todos los precintos, constatando que ninguno había sido roto. Me volví, miré al viejo Peters y él me miró a mí, asintiendo con la cabeza.

—¡Vámonos de aquí! —dije—. No es éste lugar para que una persona pueda entrar sin la protección suficientes.

Cuando salimos, eché la llave y precinté de nuevo la puerta.

Después del almuerzo revelé el negativo, pero sólo se distinguía en él la puerta de la Habitación Gris, entreabierta. Entonces me fui de la casa, porque había comprendido que necesitaba ciertas sustancias y accesorios, necesarios para proteger la vida, o quizá el espíritu, ya que pensaba pasar la siguiente noche en la Habitación Gris.

Hacia las cinco y media volví en un coche de punto con toda la impedimenta, que Peters y yo subimos hasta la Habitación Gris, en cuyo centro yo mismo la apilé cuidadosamente. Cuando todo estuvo dentro, incluido un felino que acababa de traer, eché la llave, precinté la puerta y me fui a